

## 5. La fe y el arrepentimiento

EL NUEVO NACIMIENTO ES LA PRIMERA ETAPA EN QUE LA ACTIVIDAD salvadora de Dios nos atañe como individuos. Pero en la economía de Dios la regeneración es inseparable de lo que le sigue. Le suceden la fe y el arrepentimiento.

La fe es el canal indispensable para la salvación. En Hebreos 11:6 se nos dice que "sin fe es *imposible agradar* a Dios". Efesios 2:8-9 declara "por gracia sois salvos por *medio de la fe*; y esto no de vosotros pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe". Hasta Juan 3:16, que usa la forma verbal para la palabra "fe" ("creer") en lugar del sustantivo, dice: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda mas tenga vida eterna".

### Lo que no es la fe

Comencemos considerando lo que la fe no es. Hay bastante confusión con respecto a la fe por la sencilla razón que inevitablemente asignamos esta palabra a personas que no son dignas de confianza. Por ejemplo, hablamos de hacer algo "de buena fe". Pero cuando se trata de algo verdaderamente importante no aceptamos únicamente la palabra de una persona. Exigimos hechos, contratos y otras garantías escritas. Si hay dinero de por medio exigimos garantías colaterales. ¿Por qué? Porque, si bien ambas partes desean creer en la buena fe de la otra parte, ambas saben que no siempre se puede confiar en las personas y es necesario que existan acuerdos formales. Es fácil entender por qué la fe muchas veces tiene connotaciones muy personales.

Por lo general, además, se entiende la fe como algo *subjetivo*. Es la fe del sentimiento religioso separado de la verdad objetiva de la revelación de Dios. Hace unos años en una discusión bastante extensa sobre la religión, un joven me dijo que él era cristiano. En el curso de nuestra conversación, descubrí que no que creía que Jesucristo fuera plenamente divino. Decía que Jesús era el Hijo de Dios, pero en el mismo sentido en que todos somos hijos de Dios. No creía en la resurrección. No creía que Jesús había muerto por nuestro pecado ni que el Nuevo Testamento contenía un registro exacto sobre su vida y su ministerio. No reconocía a Cristo como el Señor en su vida. Cuando le señalé que estas creencias tienen que estar presentes en cualquier definición verdadera de un cristiano, me contestó que a pesar de todo él estaba convencido que era un cristiano porque lo sentía en lo profundo de su corazón. Lo que él llamaba fe era simplemente una perspectiva sobre la vida fundada en sus sentimientos.

Otro sustituto de la fe es la *credulidad*. La credulidad es la actitud de las personas que aceptan algo como verdadero, sin considerar la evidencia, simplemente porque desean fervientemente que sea verdad. Los rumores de curas milagrosas para algunas enfermedades incurables muchas veces fomentan esta actitud. En un cierto sentido se trata de un tipo de fe, pero no es el significado que la Biblia le asigna a la fe.

Un tercer sustituto para la verdadera fe es el *optimismo*, una actitud mental positiva que busca que lo creído suceda. Un ejemplo serían los representantes de ventas que están tan seguros de su capacidad para vender que suelen volverse exitosos.

Norman Vincent Peale popularizó este enfoque en un libro que fue un éxito de ventas, *The Power of Positive Thinking* ("El poder del pensamiento positivo"). Sugiere que seleccionemos del Nuevo Testamento un número de afirmaciones sobre la fe, las memoricemos, permitamos que se asienten en nuestro subconsciente y nos transformen, y así nos convirtamos en creyentes en Dios y en nosotros. Si memorizamos versículos tales como "al que cree, todo le es posible" (Mr. 9:23) y "si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible" (Mt. 17:20), seremos capaces de llevar a cabo lo que hasta ese momento habíamos considerado imposible. Peale concluye: "Según la fe que tengas en ti mismo, según la fe que tengas en tu trabajo, según la fe que tengas en Dios, hasta allí llegarás".

Aparentemente, en el pensamiento de Peale la fe en uno mismo, la fe en el trabajo, y la fe en Dios están todas relacionadas, y lo que esto en realidad significa es que el objeto de la fe no tiene ninguna importancia. John R. W. Stott escribe: "Como parte de su 'fórmula para evitar las preocupaciones', él [Peale] recomienda que lo primero que hay que hacer todas las mañanas antes de levantarnos es decir tres veces en voz alta 'creo', pero no dice en qué debemos creer, tan confiadamente y con tanto ahínco. Termina su libro diciendo que lo único que debemos hacer es 'creer y vivir así exitosamente'. ¿Pero creer *en qué?* ¿Crear *en quién?* Para el doctor Peale la fe es sólo otra palabra para la confianza en uno mismo, un optimismo sin ningún fundamento".<sup>2</sup> Por supuesto, tener una actitud mental positiva tiene cierto valor relativo; puede ayudarnos a trabajar mejor. Pero esto no es lo que la fe significa en el sentido bíblico.

En respuesta a estas distorsiones debemos decir que la fe verdadera no se basa sobre los sentimientos ni las actitudes personales. En el contexto de estas definiciones humanas, la fe es inestable. En el contexto de la

enseñanza bíblica, la fe es segura y firme, porque es la fe en el Dios digno de confianza que se revela a sí mismo.

### **La fe: el título de propiedad**

Es por eso que la fe puede ser definida como "la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (He. 11:1). Algunos en ocasiones han utilizado este versículo como si estuviera sugiriendo una religión del tipo "un castillo en las nubes en el dulce porvenir". Pero esta definición singular sobre la fe, que encontramos en la Biblia, en realidad está enseñando todo lo contrario. La palabra certeza no significa "un sustituto de la evidencia", que es lo que la palabra sustancia (utilizada en la Biblia King James) sugiere a muchas personas. En realidad significa un "título de propiedad". Si bien ninguno de nosotros ha entrado en la plenitud de la herencia que nos corresponde por medio de la fe en Cristo, la fe constituye nuestro título de propiedad a esa herencia. La fe en sí es la evidencia de las cosas que todavía no hemos visto.

Si se tratara de un título de propiedad humano, todavía habría lugar para la duda. Pero cuando tratamos con Dios la duda no tiene ninguna base, debido a la naturaleza de Dios. Él es el Dios de verdad, por lo tanto es posible confiar completamente en cualquier cosa que declare. Es fiel. Si promete algo, sabemos que cumplirá su promesa. Es omnipotente, es todopoderoso. No puede surgir nada que frustre el cumplimiento de sus deseos.

Cuando Dios nos llama a creer en Cristo, nos está llamando a hacer lo más sensato que podamos hacer. Nos está pidiendo que le tomemos la palabra al único ser en el universo que es completamente digno de confianza.

Juan está planteando este punto cuando escribe: "Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios" (1 Jn. 5:9). Juan está sentando la diferencia que existe entre la manera como confiamos en otros, aunque no sean dignos de confianza, y la manera como deberíamos confiar en Dios. Confiamos en los demás seres humanos todos los días de nuestras vidas. Cuando conducimos nuestro automóvil a través de un puente, confiamos en que el puente nos sostendrá. Tenemos fe en el ingeniero que lo diseñó, en los obreros que lo construyeron y realizan el mantenimiento, y en los inspectores que nos garantizan su seguridad — aunque es posible que nunca nos hayamos encontrado con ninguno de ellos—. Si tomamos un autobús para regresar a nuestros hogares luego de una fiesta, tenemos fe que el autobús es seguro, que el conductor es un empleado de la compañía de transporte, que el destino que aparece en el autobús es una indicación verdadera sobre el lugar a donde se dirige. Si compramos una entrada para ver un espectáculo deportivo, tenemos fe en que el espectáculo tendrá lugar de la forma como ha sido hecho público y que esta entrada nos permitirá ser admitidos. Juan está argumentando que si podemos hacer esto con los demás seres humanos que tantas veces no son dignos de confianza, también lo podemos hacer con respecto a Dios. En realidad, es lo que debemos hacer. Porque Dios nos está pidiendo fe, y la salvación de nuestras almas debe expresarse por medio de las respuestas a su ofrecimiento.

### **El conocimiento de la fe**

La fe bíblica tiene un contenido intelectual, un punto que Calvino enfatizó en el capítulo que le dedicó a la fe en su *Institución de la Religión Cristiana*.<sup>3</sup> Hace hincapié en el hecho de que el objeto de la fe es Cristo, que la fe descansa sobre el conocimiento y no sobre la ignorancia pía, que este conocimiento necesario proviene de la Palabra de Dios, que la fe involucra certeza, que la Biblia es su escudo y así sucesivamente. Declara: "Tendremos una definición correcta de la fe si la llamamos el conocimiento firme y seguro de la benevolencia de Dios hacia nosotros, fundado sobre la verdad de la libre promesa en Cristo, revelada a nuestras mentes y sellada sobre nuestros corazones por medio del Espíritu Santo".<sup>4</sup>

Este conocimiento implica saber quién es Jesús (la segunda persona de la Divinidad, nacido de la virgen María, vestido con nuestra naturaleza, ofrecido por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación), quiénes somos nosotros (pecadores necesitados de un Salvador) y todavía mucho más. El Espíritu Santo es quien nos trae el conocimiento del evangelio. En el capítulo 16 de Juan, Jesús nos dice: "Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado" (vs. 8-11).

El Espíritu Santo convence al mundo de pecado porque, como lo explica Jesús inmediatamente, "No creen en mí". Esto puede significar: "Él convencerá al mundo de las ideas erróneas que tienen sobre el pecado porque no creen", "El convencerá al mundo de su pecado porque, sin esta convicción, no creen", o "El convencerá al mundo del pecado de no creer".<sup>5</sup> Cualquiera de estas traducciones es posible, y Juan puede estar sugiriendo más que una, como es su estilo. Pero si la convicción con vistas a la salvación es el pensamiento principal de

este pasaje, como parece serlo, entonces la segunda interpretación es la primaria. El pecado más grave es el colocarse a uno mismo en el centro de la vida rechazando la fe. Comprender esto es esencial para la salvación.

La tercera interpretación incluye la verdad de que el Espíritu Santo es como un fiscal que obtiene un veredicto de "culpable" contra el mundo. La segunda interpretación agrega que convence a la conciencia humana de su culpabilidad para que el pecado incomode a los hombres y las mujeres y éstos busquen ser liberados de él.

Por ejemplo, en el día de Pentecostés los discípulos estaban reunidos esperando la venida del Espíritu Santo. Cuando vino, salieron a las calles de Jerusalén y Pedro predicó que la venida del Espíritu Santo era el cumplimiento de la profecía de Joel, que había venido para llamar a los hombres y a las mujeres a Cristo y a la salvación. Pedro entonces predicó sobre Jesús, concluyendo su sermón de esta manera: "Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo". E inmediatamente a continuación se nos dice que "Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?" (Hch. 2:36-37). Cuando Pedro hubo respondido a esta pregunta, tres mil creyeron y fueron bautizados.

Fue una respuesta asombrosa, pero no fue consecuencia del análisis brillante que Pedro hizo del evangelio o de su elocuencia. Si hubiese predicado este sermón el día antes, nada habría sucedido. Nadie habría creído. Pedro y los demás habrían sido el hazmerreír de todos. Pero en Pentecostés vino el Espíritu Santo y convenció a la gente de su pecado. Por esto fue que "se compungieron de corazón" y preguntaron: "¿qué haremos?". Al nacer la fe en sus corazones, también se arrepintieron. Querían ser liberados del pecado que vieron en sus vidas.

No todos siempre han creído que nos resulta imposible convencernos o convencer a los demás del pecado. Este fue el centro de la controversia que mantuvieron Pelagio y Agustín, y después Arminio y los seguidores de Calvino. Ni Pelagio ni Arminio negaban que la salvación era por gracia. Pero lo que sí negaban era que fuera *toda* por gracia, que nosotros no podemos dar ni siquiera un paso hacia Dios si Dios no nos convence primero y luego nos trae hacia él. Pelagio decía que nuestras voluntades son siempre libres y que por lo tanto siempre pueden aceptar o rechazar lo que se les ofrece. Con respecto al evangelio, la gracia hace el ofrecimiento. Pero el criterio final que determina que hemos de ser salvos o perdidos es nuestra voluntad. Pelagio no comprendió que nos resulta tanto imposible estar conscientes de nuestro pecado como responder al evangelio sin la actividad del Espíritu Santo en nuestras vidas.<sup>6</sup>

En segundo lugar, el Espíritu Santo convence a las personas "de la justicia", como dice Jesús, "por cuanto voy al Padre, y no me veréis más". Esto puede significar que el Espíritu Santo le mostrará al mundo cuál es la verdadera justicia, ahora que Jesús ya no está aquí para demostrar el significado de la justicia en su propia persona. O las palabras de Jesús podrían significar que el Espíritu Santo le mostrará al mundo dónde hallar la justicia divina, ya que no la podemos encontrar aquí. No nos podemos salvar a nosotros mismos por ninguna justicia humana. Lo que se necesita está en Cristo quien estuvo aquí y ahora está a la diestra del Padre.

Por último, el Espíritu convence al mundo "del juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido juzgado". La mejor interpretación de estas palabras parece ser que el Espíritu Santo convencerá al mundo que el juicio es cierto, prueba de esto es que en la cruz Satanás fue juzgado y su poder fue destruido.

Nadie quiere creer en el juicio. Queremos pensar que podemos hacer lo que deseemos y lo que nos venga en ganas con impunidad y que nunca tendremos que rendir cuenta de nuestras acciones. En esto hasta somos animados, porque Dios no siempre juzga inmediatamente, y la maldad muchas veces parece no ser castigada.

Por supuesto, este es un pensamiento equivocado. Dios no siempre juzga a los pecadores inmediatamente porque es tolerante. Sin embargo, los juicios finalmente llegarán. El juicio de Dios a Satanás es prueba de esto. Pedro hace este mismo punto. Después de mostrar cómo Dios juzgó a los ángeles caídos, al mundo en el tiempo de Noé, a las ciudades de Sodoma y Gomorra, concluye diciendo: "Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio" (2 P 2:9).

## El amor y el compromiso

Si bien para la fe es necesario un concepto racional del cristianismo, no debemos perder de vista que el demonio también entiende estas cosas y posiblemente es más ortodoxo que nosotros. La fe bíblica verdadera por lo tanto requiere un corazón conmovido, similar a lo que describió Juan Wesley cuando nos dijo cómo su corazón "sintió un extraño calor" como resultado de la pequeña reunión en Aldersgate.

Calvino también estaba interesado en resaltar la importancia del corazón tanto como la del intelecto en la fe. En determinado momento dice: "Queda ahora por derramar en el corazón lo que la mente ha absorbido. Porque la Palabra de Dios no se recibe sólo por la fe y aletea por encima del cerebro, sino que toma raíz en lo

profundo del corazón para poder presentar una defensa invencible que pueda soportar y repeler todas las estrategias de la tentación... El Espíritu, como corresponde, sirve como un sello, que sella en nuestros corazones esas promesas de seguridad que antes ha impreso sobre nuestras mentes; y toma el lugar de una garantía para confirmar y establecerlas".<sup>7</sup> En otro lugar, concluye diciendo: "Podemos deducir que la fe no puede nunca estar desligada de una disposición devota".<sup>8</sup>

Por último, la fe es también la confianza o el compromiso. Nos volvemos de la confianza a nosotros mismos y confiamos plenamente en Dios. Podemos apreciar el valor del amor infinito del Hijo de Dios, que se dio a sí mismo por nuestra salvación, y así comprometernos con él.

El matrimonio constituye una buena ilustración. Es la culminación de un proceso de aprendizaje, de respuesta y de compromiso. Las primeras etapas en un noviazgo pueden compararse al primer elemento en la fe: el contenido. En esta etapa, cada uno está conociendo al otro, cada uno está aprendiendo si esa persona posee o no posee lo que se necesita para un buen matrimonio. Es un paso muy importante. Por ejemplo, si no es posible confiar en la otra persona, con el tiempo surgirán problemas. La segunda etapa puede compararse con el segundo elemento en la fe: el corazón conmovido. Esto corresponde al enamoramiento, que sin duda es un paso muy importante y que trasciende el mero conocimiento. Por último, la pareja dice: "Sí, quiero", y prometen vivir juntos y amarse mutuamente a pesar de las circunstancias que puedan sobrevenir. Lo mismo sucede cuando nos comprometemos con Cristo para esta vida y para la eternidad.

### La fe de Abraham

La fe no termina aquí. Como un producto del nuevo nacimiento, no desaparece en el pasado, sino que continúa a través de la vida como una realidad presente. No sólo continúa, sino que se hace cada vez más robusta en la medida que conoce más sobre la naturaleza de aquel en quien confía.

Cuando Dios llamó a Abraham para que dejara Ur de los Caldeos y fuera a una tierra que luego habría de heredar, el libro a los Hebreos nos dice: "Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba" (He. 11:8). De esto se trataba la fe, pero no necesitaba ser una fe muy grande. Era sólo la creencia en la capacidad de Dios para guiar al patriarca a la tierra prometida. Sin embargo, el pasaje de Hebreos continúa: "Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa" (vs. 9). La fe ahora era más grande porque era la confianza en Dios a pesar del hambre, el peligro y la demora en el cumplimiento de la promesa. Dos versículos más adelante, el capítulo nos habla acerca de la fe por medio de la cual Sara recibió fuerzas para engendrar un hijo cuando ya era vieja. A esta altura la fe de Abraham y de Sara ya era muy grande. Habían llegado a conocer al Dios de la promesa como el Dios de los milagros. Con referencia a este acontecimiento Dios dice de Abraham en Romanos: "Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido" (Ro. 4:20-21).

Por último leemos que la fe de Abraham venció a la duda en medio de gran sufrimiento emocional y frente a la aparente contradicción de todo lo que hasta ese momento había creído. "Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac, y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir" (He. 11:17-19). Abraham creyó que Dios era capaz de resucitar.

Este es el crecimiento normal de la fe. Nuestra fe puede ser débil. Nuestra fe puede ser robusta. Pero lo fundamental es que nuestra fe descansa en Dios el Padre, y en su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Dios no nos puede fallar. Si crecemos en nuestro conocimiento de Dios, nos encontraremos con que nuestra fe también crece de fuerza en fuerza como creció la fe de Abraham.

---

### Notas

1. Norman Vincent Peale, *The Power of Positive Thinking* (New York: Prentice-Hall, 1952), p. 99.
2. John R. W. Stott, *Your Mind Matters*, (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1972), pp. 35-36.
3. Calvino, *Institutes*, pp. 542-92.
4. *Ibid.*, p. 551.
5. Leon Morris, *The Gospel According to John*, (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1971), p. 698.
6. La controversia entre Agustín y Pelagio se discute con más detalle en el Tomo II, pp. 212-213.
7. Calvino, *Institutes*, pp. 583-84.
8. *Ibid.*, p. 553.